

Giulio Andreotti: «Un proceso judicial

Declaraciones a ABC del siete veces ex primer ministro italiano

«El Poder sí que puede desgastar y hacer de la política algo repetitivo»

Roma. Pedro Corral

El tañido de unas campanas invade el estudio de Giulio Andreotti, en una céntrica plaza de Roma. Pensé en lo bien ambientada que resultaba con ese sonido mi cita con el veterano estadista democristiano, pero luego caí en la cuenta de que el pacífico campionario era también una especie de bálsamo contra la sombra inti-

midatoria que aureola al anciano senador. ¿Acaso no me encontraba frente al que algunos llaman «Belcebú», ante el político sin escrúpulos capaz de aliarse con la mafia y buscar la eliminación de Aldo Moro, del general Dalla Chiesa, del periodista Pecorelli, con tal de lograr un puñado de votos de los arrabales de Palermo?

El de Andreotti no es precisamente el despacho que uno se esperaba para un símbolo por excelencia del poder terrenal, si bien no me pude cerciorar del grosor del cristal de su única ventana. No hay nada en la estancia que llame la atención, más que la figura de este hombre de rostro siempre concentrado, distante pero cortés, del que se adivina tras sus grandes gafas una mirada viva y escurridiza. Arrellanado tras su escritorio, con un resfriado poderoso, Andreotti parecía decirme, parafraseando al Rey Sol: «El despacho soy yo».

A punto de cumplir 78 años, el próximo 14 de enero, acaba de dejar testimonio de sus cincuenta y seis años de vida política en un libro, «De prima re publica» (Rizzoli), sobre la historia de la República italiana, desde el referéndum sobre la monarquía de 1946 hasta nuestros días. Siete veces primer ministro entre el período 1972-1991, más de una veintena ocasiones ministro de Finanzas, Tesoro, De-

gano o algunos han visto que yo era una persona a eliminar, pero por cierto prestigio nacional e internacional que he conquistado y no habiéndome podido acusar de enriquecimiento personal, se han tenido que inventar estas historias. Espero que un día pueda conocerse bien su origen, pero probablemente nace de la propia mafia. En 1989, apenas llegado yo a la presidencia de Gobierno, las primeras leyes que aprobamos fueron contra la mafia, para evitar que sus detenidos salieran de prisión. En el Parlamento tuvimos una dificultad enorme para aprobar la ley porque se opusieron todos los comunistas, salvo uno. Es probable que detrás de esta historia estén también los intereses del narcotráfico, las relaciones entre la mafia italiana y la norteamericana, a las que he combatido durante mi lucha política. A pesar de que todo lo que me pesa este asunto, tengo la satisfacción de que nadie me ha faltado al respeto, puedo hacer mi vida normal y, diría más, creo que la gente se está dando cuenta de que es una historia absurda, y a medida que pase el tiempo el absurdo se hará más evidente.

estrangulaba y luego disolvía en bidones de ácido. Lo narra como si estuviera contando que le dio una bofetada a uno en un momento de ira. Me cuesta creer que a esta gente se les considere incapaces de mentir. Para uno que mata a veinte personas, decir una mentira o una calumnia debe ser como beber un vaso de agua.

Favorecer a la DC

ABC: La Fiscalía de Palermo asegura que con sus relaciones con la mafia buscaba favorecer a su corriente de la DC en Sicilia, como para ilustrar la imagen del político sin escrúpulos que sus detractores le han cargado a la espalda...

G. A.: Es una acusación ridícula. Los fiscales aseguran que la amistad con el eurodiputado Salvo Lima y el hecho de que su grupo de Sicilia votase por mí en el partido, me habrían hecho salir de mi *ghetto* del Lacio.

Actualmente se le juzga en Palermo por su supuesta conexión con la mafia, a la que hipotéticamente habría favorecido y utilizado para su campaña política

Falcone y Borsellino

ABC: La muerte de los jueces Falcone y Borsellino, a los que hicieron saltar por los aires, ilustra bien el modo en que Cosa Nostra se quita de en medio a los que la incomodan. ¿No habría sido más sencillo también en su caso?

G. A.: Esto es cierto, pero hay un modo de eliminar a las personas que puede ser más so-lapada, más sutil que el asesinato, como es el de un proceso. Se trata de destruirlo públicamente y dejarle fuera de juego. Ciertamente, ellos no pueden amarme, aunque la Fiscalía de Palermo diga que sí, que yo he dictado las leyes antimafia, pero que antes protegía a los mafiosos. Han pasado cuatro años y estoy esperando todavía a saber de un sólo acto en que yo los haya protegido.

ABC: En estas últimas semanas ha salido a relucir en su proceso el episodio de su supuesto encuentro en 1987 con Totó Riina, boss supremo de Cosa Nostra, al que usted habría saludado con los dos besos mafiosos de rigor. ¿Qué siente ante el hecho de que el mafioso arrepentido que ha testificado sobre este episodio, Balasarre Di Maggio, haya recibido del Estado 500 millones de liras en concepto de protección?

G. A.: Me parece humillante, pero a la vez considero que empiezan a aclararse algunas cosas. Creo que tengo una cara bastante conocida como para ir tranquilamente a casa de uno que está en arresto domiciliario, como ese Ignazio Salvo, y encontrarme allí con Riina, que llevaba huido de la Justicia desde hace veinte años. Tendría que estar loco para hacer una cosa así. Pero lo que me impresiona más es ver cómo hablan estos testigos de su actividad de asesinos. Di Maggio dijo el otro día que había matado a veinte personas, y describía con gran desenvoltura cómo las

«No se puede decir que los mafiosos tengan una influencia política. Ni se puede decir que Sicilia sea la mafia, me parece ofensivo para los sicilianos»

Pero yo en el 76 había sido ya durante siete años subsecretario de la Presidencia del Gobierno, seis años ministro de Defensa, tres años ministro del Tesoro... ¿De qué *ghetto* era del que tenía que salir?

ABC: ¿Reconoce que los políticos tienen su parte de responsabilidad en el problema de la mafia, sea directa o indirectamente?

G. A.: Puede ser, pero yo personalmente no tengo nada que reprocharme, porque cuando he tenido la ocasión de combatir la mafia y el narcotráfico he puesto en marcha iniciativas que no se habían tomado nunca. ¿Se podría haber hecho algo más antes? Probablemente sí, no quiero utilizar de escudo a mis colegas o ex colegas, pero tampoco quiero ni mucho menos aparecer como el *sheriff* de Italia que debía de haber resuelto solo todo el problema. Como no acepto convertirme en cabeza de turco de la incapacidad de otros para afrontarlo.

ABC: ¿Cree que la mafia y la política se siguen apoyando mutuamente en la actualidad?

G. A.: (Andreotti contesta tajante) No lo sé, pero en mi opinión es un tema muy exagerado. Considero que la mafia puede influir sobre un número relativamente muy pequeño de los cinco millones de sicilianos. Tanto es así que cuando los mafiosos dijeron en el 87 que para castigar a la DC se debía votar al

fensa, Industria o Asuntos Exteriores entre 1954 y 1989, y senador vitalicio desde 1991, Andreotti es una pantalla sobre la que hoy se proyectan todas las inquietantes sombras del «viejo régimen». Un papel contra el que se rebela firmemente, blandiendo con orgullo su contribución a la modernización de Italia.

Mafiosos arrepentidos

Actualmente se le juzga en Palermo por su supuesta conexión con la mafia, a la que supuestamente habría favorecido y utilizado para su carrera política. La actas de la acusación reúnen 200.000 páginas, de las cuales son clave las declaraciones de mafiosos arrepentidos, como el famoso Tommaso Buscetta o Balasarre Di Maggio, que juran haber visto u oído de los encuentros de Andreotti con los boss de Cosa Nostra para tratar de sus intereses comunes. Estos testimonios le implican también en el asesinato del periodista Mino Pecorelli, del que es también juzgado en Perugia como presunto instigador.

ABC: En marzo de 1993, llega al Senado la petición para proceder contra usted por «curso externo en asociación mafiosa». Han pasado ya cuatro años desde aquellos *idus* de marzo. ¿Está cada vez más convencido de que se trata de una conspiración?

Giulio Andreotti: Indudablemente. Al-